

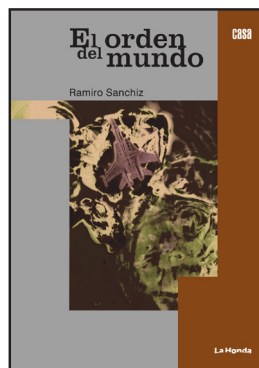
RODRIGO BASTIDAS PÉREZ

Cuando la totalidad tiende al desborde*

¿Cómo organizar una totalidad que se expande constantemente?, ¿cómo alinear, clasificar, catalogar una aglomeración que tiende al desborde? Esta pregunta, que pareciera plantearse como una imposibilidad conceptual, como una tarea infinita, se convierte para el escritor uruguayo Ramiro Sanchiz en un reto, un desafío literario; es, a final de cuentas, el corazón narrativo de *El orden del mundo*, novela con la cual ganó el Premio Nacional de Literatura de Uruguay en 2016.

Lo que se puede leer en esta obra es el brillante e infructuoso intento (que es un triunfo al existir como proyecto) de responder esta interrogante, de construir con acciones la labor imposible de organizar lo absoluto. Una tarea que siempre es necesario iniciar y reiniciar para ir deshilando, una a una, las hebras que

* Ramiro Sanchiz: *El orden del mundo*, La Habana, Fondo Editorial Casa de las Américas, 2019.



componen el relato de esa palabra inmensa que es el Todo. Y no es esta una ocupación menor; el impulso de ordenar el Todo fue el que le dio forma y fondo a la promesa de una modernidad ilustrada que intentó comprender el universo entero reglamentándolo con una acción organizativa llamada: «la enciclopedia». Es también ese impulso regularizador el que lleva a la construcción de las teorías, las ciencias, la cultura; organizar pareciera ser la tarea constante a la que se ha lanzado la humanidad cuando intenta encontrar una razón de ser de la existencia misma, como si esa comprensión del mundo, a partir de la creación de estructuras identificables, le permitiera acceder a una razón última del ser. Así, no es esta una tarea menor y mucho menos algo que se deba pasar por alto dentro de la literatura. *El orden del mundo* responde no solo a un instinto humano por la comprensión del universo, sino que devela, en su proceso, cómo una lógica que acometa este ejercicio debe, necesariamente, narrarse por fuera de la misma lógica que intenta contar.

Entonces, todo acto de comprensión del mundo se debe iniciar por alguna parte, desde un lugar que sirva de asidero para ir desarrollando la madeja del absoluto. La decisión de Sanchiz es hacerlo desde lo particular, a partir de una historia personal, familiar, íntima, en la cual sea posible encontrar los rasgos mínimos de una estructura que, si está en el todo, debe también encontrarse en lo mínimo, en lo específico. Esa historia es la de Federico Stahl, personaje múltiple y extenso en la obra del uruguayo. Stahl es un ur-protagonista que se itera en cada novela de Sanchiz como una variación diferente, con lo que permite construir un mundo abierto a posibilidades narrativas infinitas. En esta novela, Federico Stahl trabaja para un excéntrico millonario que colecciona antiguos aviones de combate; su tarea es encontrar rarezas aeronáuticas que se han perdido en lugares inhóspitos de la Tierra, cargados de auras míticas, con historias de espías y contraespías propias de la Guerra Fría. Y, en medio de la historia de la aviación, un tipo de avión aparece como una obsesión recurrente para el millonario: los Mig soviéticos y en especial uno, el Moby Dick de los aviones de combate: el Mig-25.

La pesquisa por encontrar esta nave fantasmal llevará al protagonista a la Isla de Basura: una extensión de basura de más de quinientos mil kilómetros cuadrados que flota sobre el Pacífico en la cual se encuentran los detritus producidos desde hace siglos, y donde se podría rastrear una posible historia de la humanidad, una construida a partir de deshechos. Pero la búsqueda no solo llevará a Stahl a esta geografía inusual en donde se hallan los objetos perdidos, los recuerdos y las historias que se han convertido en reales gracias a su sustrato hipersticcional, sino a una revisión

pormenorizada de su vida personal. Si intentamos ordenar el Todo (pareciera decir Sanchiz) empecemos por dar sentido a un sujeto, a una vida, a una historia personal. Así, como lectores, atravesamos por las obsesiones específicas de Stahl: las vacaciones en casa de los abuelos, los juegos infantiles, sus estudios en Letras, la misteriosa historia de un tío, la trágica muerte de una novia y, finalmente, un soldado de plomo. Sanchiz comprime la historia personal de Stahl en la imagen de un pequeño soldado que no solo parece dar sentido a todo lo que le ocurrirá después, sino que lo lleva inevitablemente a su presencia en esa Isla de Basura: un soldado lleno de incógnitas e indeterminaciones, con preguntas que caen en el vacío del conocimiento; resumiendo, un soldado que no puede dar cuenta de un posible orden del mundo.

Ante tal imposibilidad, el autor uruguayo decide revolver la baraja y volver a repartir. En un segundo capítulo, en lugar de iniciar por lo particular empieza su búsqueda de categorización del Todo desde lo general: «El Sol, por comenzar, por recomenzar por el principio, se formó a partir de una nube de gas». Halando lentamente el hilo de conexiones que aparecen con el Big Bang, se encuentra con conceptos, ideas, teorías y eventos que se relacionan con este origen primordial (desde David Bowie hasta Philip K. Dick, pasando obviamente por Federico Stahl). Desde esa génesis fundamental, el narrador se abre camino desbrozando una jungla de conceptos finamente tejida, hasta llegar de nuevo a la Isla de Basura, lugar final de todas las historias; punto de llegada arquetípico en el cual desemboca todo intento por organizar el mundo. Con ello Sanchiz echa por tierra la posibilidad de una linealidad, de una causalidad direccionada,

de una narración estructural paradigmática, de la existencia misma de una historia o de unos personajes. Entiende claramente que la única manera de ordenar el mundo solo se puede cimentar en una Ley del Caos en donde el orden se estructure como una perspectiva narrativa.

Así que, una vez más, revuelve la baraja, pero esta vez en lugar de repartir las cartas, las desperdiga sobre la mesa y se dedica a narrar cómo cada historia y cada acción tomada por sus personajes, crea diálogos que esconden nuevas formas de orden. La yuxtaposición, repetición, iteración y complemento de todos los conceptos e ideas que ha trabajado en la novela, se convierten en una dinámica que se autolegitima en su propia existencia. La novela misma se convierte en una ratificación, no solo de que todo es narración, sino de que la puesta en escena que le ha permitido imaginar un orden del mundo o una estructura de lo absoluto, es (como diría Deleuze) forzosamente ganadora. No es posible ordenar un mundo que ya se encuentra estructurado, la acción que requiere nuestra escritura, nuestra ficción, nuestra narrativa, es la de observar, describir, retratar los límites que establecen ese orden en el que vivimos, pero que no podemos observar a simple vista.

Finalmente, esta increíble y fantástica solución solo se puede construir desde un espacio que esté por fuera de la lógica de ese mundo ordenado. El realismo, la linealidad, la continuidad, la espacialidad definida deben lanzarse por la borda y entrar en el campo de lo extraño, lo ilógico, lo surreal; en estados alterados de conciencia que permitan ver desde afuera que en toda narración están presentes el orden y el caos, la realidad y el ensueño. Es así como se comprende por qué Sanchiz, a veces sin que nos demos cuenta, ha

echado mano de las narraciones de la ciencia ficción, de la fantasía, del terror ominoso y del *new weird*: para dar cuenta de una realidad que se le antoja corta si se la compara con las narraciones que ha producido.

Es en este momento cuando el lector debe volver de nuevo al primer capítulo y reiniciar una historia que cambia en cada relectura y que se abre, se bifurca, se disemina en esa búsqueda de un orden que siempre será diferente y que planteará una y otra vez, eternamente, posibilidades infinitas de análisis. *El orden del mundo* es al mismo tiempo una novela en la que se cuenta la historia de Federico Stahl que busca un Mig-25 en una Isla de Basura, y una compilación de posibilidades narrativas, de historias con catedrales, cintas de VHS, libros anónimos, armas, aviones y soldaditos de plomo. En este libro, Sanchiz no solo le ha dado la vuelta a su pregunta original de cómo organizar una totalidad que se expande constantemente, sino que ha logrado el sueño de todo escritor que busca construir una novela total: contener universos, atravesar textualidades, historias, personajes y acciones; ha logrado, en suma, escribir una narración que sostiene el orden de la realidad y que le permite a este mundo seguir siendo múltiples mundos. **C**